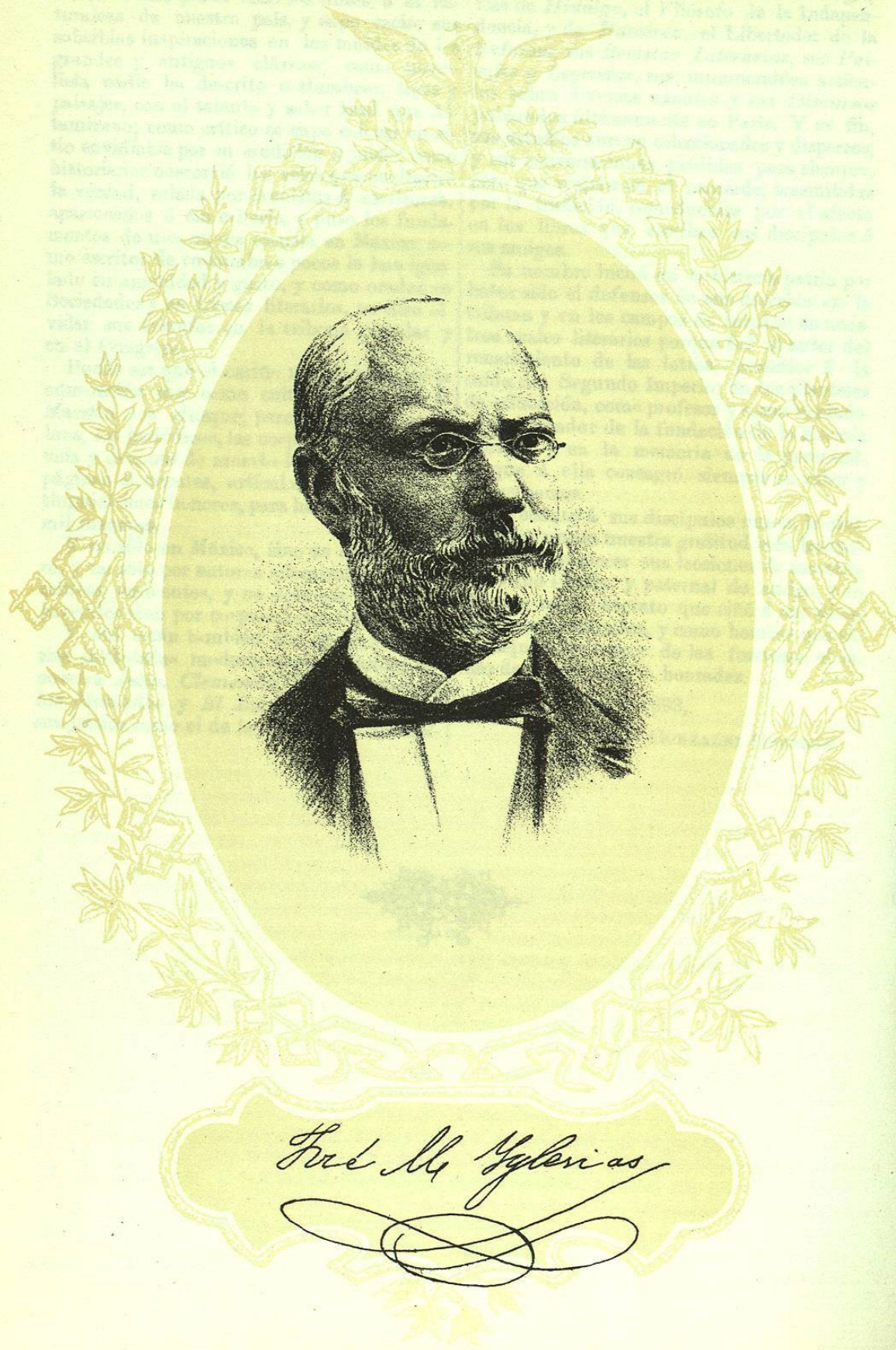


"Liberales Ilustres Mexicanos."



LIC. JOSE MARIA IGLESIAS.

1823-1891.

I.

D. JOSÉ MARIA IGLESIAS COMO HOMBRE PRIVADO.

Los hombres que llegan á distinguirse entre sus contemporáneos por la notoriedad de su valer, tienen por lo general una cualidad moral predominante, en torno de la cual giran y se agrupan los variados matices de su carácter, por complicado que parezca. De un solo trazo se puede delinear si no el perfil de un personaje, sí el rasgo fisonómico más saliente de él. Así también en una palabra se puede sintetizar el carácter de un hombre célebre. La cualidad predominante de César fue la ambición; la de Jesucristo, el amor á la humanidad; la de Newton, el amor á la ciencia; la de Temístocles, el patriotismo; la de Díaz de Vivar, el valor.

Aplicando esta observación al notable hombre público de quien nos vamos á ocupar, podemos decir que el fondo del carácter del Sr. Lic. D. José María Iglesias era una corrección en ningún caso desmentida.

El Sr. Iglesias se mostraba correcto en todo: en su exterior, en sus palabras y en sus acciones. Correcto en la vida pública, correcto en la vida social, correcto en la vida de familia. Nada había en él que mereciese un fundado reproche, ya se fijase la atención en su modo de vestir, decente y cuidadoso, aunque sin afectación; ya en sus palabras, siempre mesuradas; ya en sus acciones, siempre dignas.

Semejante á aquel austero romano que hubiera querido tener su casa de transparente cristal para que todo el mundo pudiese juzgar sus actos, el Sr. Iglesias habría podido mostrar á la inquisición pública sus acciones todas, convencido de que se las encontraría irreprochables, como hijas que eran de honrados sentimientos.

Dotado por la naturaleza de un cerebro bien constituido y de un organismo bien equilibrado, traía en su propio ser, desde sus primeros años, el germen de la rectitud moral é intelectual que le había de distinguir en la

edad madura; germen que la afición al estudio, innata en el joven Iglesias y que después había de transformarse en él en una verdadera pasión, desarrolló prontamente, ayudándole á producir valiosos frutos.

Desde los albores de su juventud mostró de un modo palpable la excelencia de sus facultades y su gusto por el estudio.

Tendría once ó doce años de edad, cuando una noche, reunidas algunas personas de su familia en una de las piezas de la casa, llamémosle la atención ver á José embebecido, al parecer, en la lectura de un libro que tenía en la mano y que pertenecía á Ramón, hermano mayor de José y estudiante entonces en la Escuela de Minas.

—¿Qué es lo que haces, Pepe? le preguntó alguna de las personas presentes.

—Ya lo ven ustedes, contestó el joven; leo.

La interrogante se acercó á la mesa en que José parecía leer, á la claridad de una lámpara; y riéndose estrepitosamente añadió:

—Pero ¿cómo has de estar leyendo, si ese libro está escrito en francés?

—¿Y qué? Replicó José con mucha tranquilidad. ¿Acaso los libros escritos en francés no son susceptibles de leerse?

—Ya lo creo que sí, cuando se conoce ese idioma; mas no cuando no se tiene ni aun noticia de su existencia, como te sucede á tí.

—Es que á mí no me sucede eso.

—Entonces, ¿sabes el francés?

—Lo suficiente para leerlo; sí, señora.

—Mas ¿cómo puede ser eso, si el idioma francés no se encuentra entre los estudios reglamentarios de tu colegio?

—Pero sí se encuentra entre los estudios no reglamentados que á veces hago yo.

—A ver, veamos, veamos eso.

Las personas presentes se acercaron á la mesa, y le pidieron á José que leyera algunas páginas del libro que tenía en la mano. José hizo con el mayor desembarazo lo que se le pedía, y entonces se convenció su familia de que el chico había aprendido por sí sólo á traducir ese idioma, con la ayuda de los libros de su hermano.



La lucidez de inteligencia que el joven mostró desde sus primeros años, signó naturalmente su marcha progresiva, é hizo de él uno de los hombres más ilustrados de la época, como lo prueba el acierto con que desempeñó los diversos cargos públicos de que estuvo investido la mayor parte de su vida.

Las cualidades más conspicuas de su personalidad intelectual eran: una inteligencia fácil y precisa, un juicio clarísimo y gran facilidad de concepción en las ideas.

Estas facultades, obrando siempre de acuerdo entre sí en las ocupaciones habituales del Sr. Iglesias, le daban una excepcional aptitud para los trabajos de gabinete.

He aquí un incidente que lo prueba.

Poco antes del golpe de Estado de Comonfort, el Lic. Joaquín Cardoso, que estaba unido á aquel funcionario por una amistad bastante íntima, fué invitado por él para que se hiciera cargo del Ministerio de Justicia y ramos anexos; pero Cardoso rehusó terminantemente aceptar aquella distinción cuantas veces se lo propuso el Presidente. Este no insistió, pero quedó indeciso en la elección de persona á propósito para encomendarle aquel puesto.

En esos días, tanto el Lic. Cardoso como el Lic. Iglesias eran censores de imprenta, y la comunidad de funciones había puesto á ambos en contacto y les había hecho conocerse y estimarse mutuamente. El Lic. Cardoso, hombre de ciencia y de experiencia, apreció luego el valer de su colega, y pronto tuvo confianza en su inteligencia y en su instrucción.

Una vez tuvieron que extender los dos un dictamen acerca de una obra inédita sometida á su censura. Cada uno la leyó y comunicó al otro su parecer acerca de ella. Acordados los puntos del dictamen relativo, el Sr. Iglesias tomó papel y pluma y se puso á redactarlo.

En breve tiempo estuvo escrito el documento.

—He concluido, dijo el Lic. Iglesias al terminar, presentando á su compañero los pliegos escritos.

—Veamos esa minuta, contestó Cardoso. Y se puso á leer el dictamen.

—Pero esto no es una minuta, dijo poco antes de concluir la lectura.

—¿Por qué? preguntó Iglesias sorprendido.

—Porque aquí no hay ni un tachón.

—¡Ah! Yo creí que me lo decía vd. en otro sentido.

—Ni hay frase alguna que corregir, agregó Cardoso concluyendo la lectura; ni palabra que cambiar, ni punto ni coma que qui-

tar ó que poner. Es sorprende... Pero tanto mejor, así no habrá necesidad de copiar lo escrito. Así es que hemos dado fin á nuestra tarea.

Pocos días después, Cardoso hacía la presentación del Lic. Iglesias al Presidente Comonfort, y le decía á éste:

—He encontrado á nuestro hombre. Aquí tiene vd. á su Ministro de Justicia.

Lo que en aquella ocasión sorprendió al Lic. Cardoso, era regla general en el Sr. Iglesias. Las ideas nacían, se ordenaban y se encadenaban de un modo tan natural y preciso en su mente, que el trasladarlas al papel no le costaba esfuerzo alguno; y por eso sus escritos, aun los de más importancia, no presentaban corrección ninguna en muchas páginas seguidas.

Las cualidades afectivas del Sr. Iglesias eran no menos preeminentes que sus facultades intelectuales.

Su bondad no tenía límites, su generosidad era extremada.

Una de las varias veces que el Sr. Iglesias renunció por su voluntad alguno de los buenos empleos que sucesivamente desempeñó, y cuando por lo mismo se encontraba en circunstancias nada bonancibles en cuanto á recursos pecuniarios, se le presentó un individuo de los muchos que no sólo aprovechaban sino aun explotaban sus sentimientos caritativos y su bondad para los desdichados. Aquel individuo, después de contarle una historia dolorosa de sus vicisitudes y de las de su familia, acabó por suplicarle que le favoreciera aceptando la responsabilidad de un pagaré que llevaba escrito, y cuyo importe, que le sacaría de su aflictiva situación, le sería entregado luego al pretendiente, si el pagaré iba garantizado con la firma de una persona tan honorable como el Sr. Iglesias. Este creería ó no creería la historia, pero lo que sí le constaba era que el solicitante tenía fama de deberle dinero á todo el mundo, y de no pagarle nunca á nadie. Sin embargo, tomó la pluma, firmó el documento y se lo entregó al pretendiente, quien se deshizo en demostraciones de gratitud hacia su bienhechor, y en protestas de cumplimiento de su compromiso.

Llegado el plazo de vencimiento del pagaré, el portador de él se presentó en la casa del Sr. Iglesias, le entregó á éste el documento, y le exigió políticamente el pago de la cantidad que amparaba y de la que el mismo Sr. Iglesias se había constituido en responsable.

Sin mostrar el menor signo de sorpresa ni de desagrado, el fiador se dirigió á su escri-

torio, y agotando casi la cantidad de dinero que por entonces constituía todo su patrimonio, satisfizo el valor del pagaré.

La esposa del Lic. Iglesias se encontraba allí en aquellos momentos, é informada del origen de lo que acababa de presenciar, le dijo á su marido:

—Pero, Pepe, ¿cómo vas respondiendo por el hombre conocido como el más informal de México y á quien nadie le daría una fianza ni aun por la cantidad más insignificante?

—Justamente porque se trataba de ese hombre no he vacilado en dar mi firma, le contestó el Sr. Iglesias con completa calma.

—¿Cómo! Creo que has dicho un disparate.

El Sr. Iglesias, sin reparar en la sorpresa de su esposa, añadió:

—Sí, ese hombre merece más compasión que otros pobres. Si yo no le hubiera favorecido, ¿quién querías tú que lo hubiera hecho? ... Y esos desgraciados no por estar llenos de defectos dejan de tener angustiosas necesidades.

Aquella explicación no salía de la cabeza sino del corazón, y era por lo mismo incontestable.

—Sin embargo, añadió el licenciado, no creí que tendría yo que pagar toda la cantidad, porque al constituirme en fiador del solicitante, le proporcioné un empleo en el cual ganaba dos pesos diarios, y con él creí que salvaría su compromiso ó parte de él.

La corrección, la rectitud que hemos señalado como la cualidad absorbente del carácter del Lic. Iglesias, no se desmintió ni aun en circunstancias en que el común de los hombres prescindían de consideraciones de delicadeza por asegurar en su favor esos intereses personales ligados con los negocios públicos y que se designan con la denominación de asuntos políticos.

Para ciertos hombres, la política (palabra á la que ellos dan la extensión y significación que más les conviene); para ciertos hombres la política, repetimos, disculpa cuantas inconsecuencias les es necesario cometerles á sus amigos personales, por íntimos que sean, si pueden, á ese precio, asegurar su propio bienestar.

No pertenecía el Sr. Iglesias á ese número.

Buen testimonio de ello dió su conducta en 1871. A mediados de ese año debía verificarse en el país la elección de Presidente de la República. D. Benito Juárez y D. Sebastián Lerdo de Tejada eran los candidatos que tenían más probabilidades de triunfar. El Lic. José M. Iglesias era Ministro de Justicia del gobierno de Juárez, Presidente de la

República entonces; pero le unía con Lerdo una amistad no menos grande que la que le ligaba con el Jefe del Gobierno. Esta circunstancia hacía embarazosa su situación, porque no podría decidirse en favor de uno, en la próxima elección, sin causar al otro profundo desagrado. Guardar neutralidad completa era imposible en el puesto que el Lic. Iglesias ocupaba. ¿Qué hacer, pues? Muchos otros, en su caso, no habrían vacilado acerca del partido que les convendría adoptar: habrían procurado traslucir, á favor de su posición, quien era el candidato que iba á triunfar, habrían votado por él, aunque el amigo desairado se enfadase; y de ese modo hubieran asegurado su posición en el próximo período gubernativo, sin que nadie, probablemente, tachase demasiado su proceder. M. s no siguió ese camino el Sr. Iglesias. Resuelto á permanecer fiel y consecuente á la amistad de los dos funcionarios que tenían igual derecho á su preferencia, renunció su cargo, para guardar en la vida privada una neutralidad absoluta. Con aquel acto destruyó voluntariamente su posición oficial, que nunca había estado tan bien cimentada como entonces.

Este rasgo de alta delicadeza pasó quizá inadvertido, en cuanto á su móvil, para los dos funcionarios que habían sido la causa de él; pero en cambio el Ministro dimitente quedó satisfecho, porque entonces, como en otras muchas circunstancias semejantes, no hizo más que seguir los impulsos de su conciencia, del mismo modo que en sus actos filantrópicos no hacía más que seguir los impulsos de su generosidad.

Fácil es concebir que un hombre que se mostraba tan consecuente con los grandes y tan bondadoso con los pequeños, fuese en su casa un jefe de familia ejemplar. Así era en efecto. Las buenas cualidades de un hombre ante los extraños se subliman cuando ese hombre se encuentra en medio de su familia; y si el Sr. Iglesias era tan compasivo con los indiferentes, su ternura y su bondad se desbordaban de su corazón cuando en el seno del hogar se encontraba rodeado de los seres que le eran más queridos.

Este amor de la familia endulzó los últimos años de su vida, que de otro modo habrían sido entristecidos por esa especie de ostracismo que voluntariamente se impuso, consecuente con las ideas y convicciones que antes había sostenido, á través de los azares con que tuvo que luchar.

Esta honradez personal y política llevada hasta el estoicismo, y de la que se han visto en nuestro país pocos ejemplos, era una consecuencia de la limpidez, digámoslo así, de su